

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año I

MURCIA.-Viernes 14 de Diciembre de 1906

Núm. 91

Optimismos

La lucha decrece. La impaciencia se calma. La intranquilidad se desvanece. Hoy no se creen posibles las cosas que ayer se reputaban como ciertas. Hay más confianza, existe más compenetración en los ideales políticos. Marchando de frente, sin involuciones, se observa más despejado el horizonte, más clara la situación. La atonía dominante cede al campo de la serena reflexión. Cuantas cosas se reputaban como ciertas, ahora se niegan. Ninguno de los acontecimientos pronosticados, ninguna de las cosas amenazadoras que se anunciaban como próximas a descargar sobre las cabezas liberales, por nuestros pecados, o mejor, por nuestras bondades, se realizan. Estamos en el mejor de los mundos posibles. Vivimos con confianza. La quietud, como antes la intranquilidad, nos domina por completo.

Los horizontes entrevistos no parecen cerrarse. Los albores de la nueva aurora, aguardados tanto tiempo, tienen de carmin nuestras ilusiones. Alentamos sin tantas preocupaciones como quieren hacer creer los que tienen interés en que estamos preocupados. Los temibles conflictos, los escarceos parlamentarios, las hazañas lingüísticas se alejan más cada vez. Esto, naturalmente, disgusta a cuantos viven de las emociones que producen los sucesos previstos. Cometimos la imperdonable ligereza de dejar que se ensañara con nosotros la fatalidad, dejándonos a veces en mala situación, para solaz y contentamiento de los buscadores de conflictos posibles, y ahora se quejan de que no les presentemos nuevamente algún suceso que arive sus fantasías entendederas. Entienden que los acontecimientos deben realizarse a gusto de todos. Menos mal que nosotros, que en ocasiones varias no los hemos entendido, los comprendemos perfectamente ahora.

Los hechos que se realizan en la actualidad, pese a creencias erróneas, no pueden perjudicarnos grandemente. Se van aquilando con ellos realidades necesarias. Los acontecimientos se despojan de su aridez, de su actitud, escamondándose con notoria sencillez. La calma no es ficticia, como no es engañoso el proceder que se ve. Los hechos confirman las palabras, al igual que las palabras revelan las intenciones. Procederes e impresiones son francos, conocidos. Lo que sucederá como resultante está previsto. La interinidad que todos querían y quieren ver en lo que aspira a ser duradero, no puede proclamarse sin hechos que todo lo prueben. Por sobre la afirmación necesita estar la prueba. La existencia de un móvil, de una causa inicial que la haga factible, como resulta de vital importancia, no puede quedar desconocido. Lo contrario presupone ya lo que es: que no hay nada cierto y que el decrecimiento de la lucha y la amortiguación de la impaciencia y el desvanecimiento de la intranquilidad tienen su razón de ser.

Entremeses

Sobre nuestra mesa de trabajo, bemo encontrado esta mañana las siguientes quintillas.

Ni siquiera por la clase de composición, podemos colegir quién sea el autor de ellas.

Es decir, que nos encontramos respecto a las mismas, a idéntica altura de curiosidad, que el moreno inspector con relación a los ENTREMESSES.

Pero, sin intenciones incendiarias.

Allá van:
Ya estoy loco, ¡maldición!
y de quietud no dispongo...
¡Maldita Concentración
que acibara, con su acción,
todo lo que me propongo!

A San Juan lo trasladaron y, por más que en mixta fui, los concentrados burlaron mi influencia y trasplantaron, desde Andalucía a aquí,

una rosa davillista conderromanizada que, de Murcia muy bien gusta, representa una conquista de la fuerza concentrada.

Me entrego en angelicales manos de esbelto doncel y obtengo, para mis males, que me den los concejales y el alcalde de Beniel.

Pues vienen los concentrados y con sin igual donaire, sin afectación, callados, me convierten, recatados, mi Concejo en humo y aire.

Luego, para fin de fiesta, cuando me marché a la Corte, dije jurando: «Por esta vez ó venzo en la apuesta ó me dan el pasaporte».

Llego y les digo: «Buen día reclamo para mí vengar. ¡Y cual mi asombro sería al ver que me se decía: «Cuénteselo usted a... Ortega».

Que «Dios aprieta y no ahoga» dice un antiguo refrán, que yo comprendí. «Quirga fué en mi naufragio, la sogá a que me así con afán».

«Oh, tú, ministro notable que estimastes el valor de mi voto cotizable y que fuistes tan amable repitiendo a mi inspector,

te bendigo y te conjuro a conseguir el milagro de esperar, en lo futuro, amor tan grande y tan puro como el que yo te consagré».

En Mas, ¡oh, dolor! Yo comprendo fué chiripa, y lo consigno. No siempre estará escribiendo Moret caritas, ni siendo consejero D. Benigno.

Voy descendiendo. «Dios mío por mi culpa y mi aislamiento. En D. Segis ya no flo... ¿Será que, al morir, mi tío decretó mi enterramiento?»

¡Mi esperanza está marchita, deshecho mi corazón; pero el alma, no contrita, allá en el fondo, me grita: ¡Maldita Concentración!

¿Dónde remontar mi vuelo? ¿En un partido aristócrata? ¡Nunca...! Mi profundo duelo aspira a encontrar consuelo en la casa de EL DEMÓCRATA.

Con mucho gusto. Ya sabe dónde tiene su casa. Aún cuando no le conocemos y, además, las quintillas son malas y muchas...

Pero, en fin, lo dicho, dicho. Esta es su casa: Saurin, 4.

PLUMAZOS

JUSTICIA ÚLTIMA

El Senado en Francia ha aprobado el proyecto de ley para trasladar al panteón los restos de Zola.

Trabajo costó al Gobierno que preside Clemenceau ganar la batalla contra nacionalistas y conservadores.

Estos se permitieron discutir, por espíritu de intransigencia sectaria, hasta los méritos literarios del autor de Germinal. De no haber muerto Brunetiere hubiese de nuevo vuelto a discutir al cabo de cuarenta años de éxilo, el mérito del método experimental y de la novela naturalista, en la loca pretensión de des-

parar al que compuso la serie admirable de los Rougon Macquart su genio de creador y su temperamento de artista. Aquel arte robusto y saludable de Zola dió en tierra con todos los desvarios del período romántico y acabó para siempre con la frialdad académica de los neo-clásicos que tanta privanza lograron en Francia.

Pero hubo más. Zola, por añadidura, así como en las letras, es un combatiente en la vida pública. Frente al movimiento de los nacionalistas y de los antisemitas; frente a ciertos convencionalismos del chauvinismo y del militarismo; frente al que se unió la fuerza poderosísima del clero, haciendo víctima de sus astucias políticas a Dreyfus; en aquellos momentos de exacerbadísima nacional, con la opinión en contra, el gran Zola, poniendo en peligro su renombre literario y su vida, salió a la defensa de un inocente ultrajado, exonerado, recluido, como castigo, en la isla del Diablo.

Zola fué entonces más grande quizás como hombre público que como artista.

Francia honra ahora al literato, llevando sus restos al Panteón. Pero Francia debe a Zola también su saneamiento moral, quizás la existencia como nación amenazada por las corrupciones de las más altas clases sociales. No encontró el gran escritor a su lado entonces más que unos cuantos hombres de pluma, entre ellos Anatole France, y el pueblo, el alma siempre justiciera de las muchedumbres.

Por eso, sobre los honores oficiales regaleados se consagra a Zola el mejor recuerdo de Francia en el respetuoso recuerdo, también agradecido, del gran pueblo.

DE MADRID

(De nuestro redactor-corresponsal)

Lo acaecido en Francia

Diríase que es milagro, si no tuviera una explicación lógica, lo que sucede en la vecina República.

Parece que los hechos, con la abrumadora pesantez de la realidad, se deciden por afeccionar a los hombres y a las naciones.

Nos comunica el telégrafo la honda sensación causada en Francia por el contenido de los documentos ocupados en la correspondencia dirigida por el Cardenal Merry del Val al Nuncio de S. S. en París, y la sesión de la Cámara de Diputados hace comprender la transcendencia del suceso.

Los católicos han interpelado al gobierno para que justifique la ilegal medida, según ellos, de llevar a cabo un registro en el domicilio de aquel diplomático, y el Presidente del Consejo, sin acudir a desplantes, con la firmeza y seguridad que deben acompañar a un estadista, expuso sin rodeos, que semejante conducta habíase inspirado en la necesidad de afirmar la soberanía del país, en la de mostrar al mundo entero que el pueblo francés está capacitado para dictar las leyes convenientes a su bienestar, y que en modo alguno ha de consentir la ingerencia en su política de quienes no son franceses.

Y al decir esto, díjolo tan oportunamente y con tales acentos de sinceridad y profundo conocimiento del deber cumplido, que la derecha aplaudió frenéticamente, por que antes que católicos sus representantes son franceses.

Los propósitos de Roma, en cuanto a Francia, son conocidos a estas horas del mundo entero, y en todas partes serán condenados. Pero nuestra situación es peor, porque aun sospechándolos no los conocemos.

Sin embargo, y por lo que pudiese tronar, deben fijarse nuestros hombres públicos en lo acaecido, y comparando la energía con que Francia procede en la cuestión de sus relaciones con Roma, a la nuestra, y lo que Roma se disponía

a hacer en aquel país, deducir lo que nos reservará a nosotros.

La cuestión religiosa no es ya un problema más que en naciones atrasadas é incultas; en los que hay una equilibrada proporcionalidad en todos los órdenes del progreso, marcha el Estado sobre un eje completamente neutral; y dentro de la extensión que abarque su soberanía, todas, absolutamente todas las religiones, tienen las mismas consideraciones y respetos.

Lo que en definitiva se ha conquistado, tras de tanta lucha de los siglos XVIII y XIX, no es otra cosa que la libertad del pensamiento, el quitar toda traba a su emisión, el amparar a la excelencia augusta del pensar, por la que el hombre es lo que es, impidiendo que se pongan trabas a su exteriorización.

Pero esta conquista sublime no habría sido poética, no lo es en puntos como nuestra España, si el Estado tiene una religión oficial, un culto de una religión determinada, siquiera esta sea la santa religión católica.

Y cuando los partidarios de cualquiera de las profesadas en el mundo, extreman su fervor hasta pretender imponerla como única, juntamente con despojerla de mérito, que debe estar en la pureza de su doctrina y en la enseñanza de su moral, la dañan profundamente, pues más que aceptada por arraigadas convicciones en sus adeptos, parece elegida como instrumento de combate para conseguir la satisfacción de ambiciosos propósitos.

La religión, forma sensible de acercarse al creado al creador, conjunto de prácticas del dogma que la integran y que constituyen su disciplina fundamental; no debe ser jamás bandera de lucha, de guerra, ni de conspiraciones é intrigas.

Y cuando a tales fines se la encamina produce tan fatales consecuencias, que nada más temible que una lucha en que el fanatismo religioso constituye el pretexto de la contienda.

D. V.

13 de Diciembre 1906.

TEATRO ROMEA

CAMPANONE

¡Buen salto fué el que se verificó anoche en nuestro Rómulo! Desde las piecitas del género chico a las bellezas de la ópera, mediaba un abismo inmenso, abismo que se salvó magistralmente, como nadie podía figurarse.

La compañía Gorgé, conocida ventajosamente del público murciano, era la encargada de hacerlo, y a fe que lo hizo bien. Desde que comenzó la famosa opereta, todo el mundo conoció que no iban defraudadas las esperanzas, como ocurrió.

De la compañía, el único desconocido para el público, era Pablo Gorgé, bajo que venía procedido de gran renombre. Los demás artistas, aplaudidos otras veces, eran antiguos conocidos.

En la «Canción en esdrújulos», el Sr. Gorgé, que posee pleno dominio de las tablas, nos demostró una cosa que ya sospechábamos: que tiene una voz como habrá pocas y que canta con extraordinario gusto, haciéndose inmediatamente de simpático en el auditorio, como lo demostraron las ruidosas ovaciones que conquistó por su notabilísimo trabajo.

primeras, pero hoy es de las mejores.

La Srta. Gorgé (Rafaela), como su hermana, se ha colocado a gran altura. A la posesión de tablas, une una hermosa voz, que le vale grandes aplausos. Trabajando en Murcia conquistó muchos laureos, que reverdece ahora con su importante trabajo. En «Campanone» se demostró esto.

El tenor Sr. Ubeda desempeñó magistralmente su cometido, conquistando ruidosos aplausos, sobre todo en la romanza, que le cantó magníficamente.

El baritono Sr. Delgado rayó a gran altura. Dijo su papel con innegable soltura, cantando con los bríos y gusto en él peculiares. Los aplausos coronaron su trabajo.

Puede decirse que «Campanone» fué estreno anoche en Murcia. El trabajo de cada uno en particular y de todos en general hizo este milagro.

El extraordinario y distinguido público que asistió anoche al Rómulo salió satisfechísimo de la compañía.

El maestro Gorgé tuvo que saludar al público al concluir la sinfonía. La orquesta no dejó nada que desear.

COMUNICADO

Señor director de EL DEMÓCRATA.

Muy señor nuestro: Rogamosle haga presente a la redacción del periódico de su dirección nuestra entusiasta felicitación por su artículo de fondo «Explicación», del día 12 del presente, conminándole a que perseveren en su noble empeño de limpiar esa atmósfera política, de tantísima impureza. Como en esta, por desgracia nuestra, estamos también tan ahitos de inmundidades caciquiles, aplaudimos sin reserva los buenos propósitos de esa redacción, animándole en su valiente empresa.

Dándole gracias anticipadas, por la inserción de estas líneas, si lo creyera conveniente, quedan de V. afectísimos s. s. q. b. s. m.,

VARIOS SUSCRITORES

Alcantarilla 13 Diciembre-1906.

Fraile apaleado Manía persecutoria

Cada individuo tiene sus manías. Conforme a otros les dan por vapulear a sujetos desconocidos, completamente seculares, al de hoy le dió por administrar una soberana tunda a un fraile de la Luz, para comprobar toda su evangélica mansedumbre.

José Martínez Oreñes, de 42 años de edad, que a lo que parece tiene perturbadas sus facultades mentales, se encontró esta mañana a uno de los simpáticos Hermanitos del convento de la Luz. Apenas lo vió, como si en él se despertaran iras dormidas, se le acercó, esgrimiendo los puños, y golpe tras golpe le dió una «felpa» monumental, sin que el fraile, dicho sea en honor de la verdad, se acordara de que tenía los mismos «útiles» que su adversario.

Cuando ya la fatiga iba cansando al irascible «frailófobo», la guardia municipal intervino, cortando sus bríos batalladores.

El Oreñes ingresó en la corrección.

El hermanito golpeado, humildemente, con algo de melancolía en la cara, regresó a su convento, maldiciendo de los ánimos cidescos de su «anticlerical» enemigo.